

BRUJITA COLETAS EN LAS REDES



BRUJITA COLETAS EN LAS REDES

Rosa, una niña de 13 años, llamada también “Brujita Coletas” había cambiado de ciudad con sus padres porque a su madre le habían cambiado de trabajo y tuvieron que mudarse junto a su perro Dolmen. Brujita Coletas porque desde pequeña solía llevar unas coletas y brujita porque encontró una piedra mágica que le daba mucho poder y seguridad; realmente así era como se llamaba en las redes sociales, como ella misma quería llamarse.

Ahora vivían en una gran ciudad rodeados de tráfico, contaminación, gente que iba y venía con prisas, edificios altos, etc. Nada que ver con el pueblo en el que había crecido. Aunque todo en su vida no había sido perfecto, al menos sentía la tranquilidad de vivir en un pueblo pequeño rodeada de naturaleza y cerca del mar. Su perro Dolmen también notó el cambio y no se le veía tan activo y alegre como antes. Rosa también sentía tristeza por lo que había dejado en su pueblo: a sus profesores, a algunos amigos/as, su casa, el mar, el río,... tenía ahora que adaptarse a nuevos profesores en un instituto enorme, un edificio de varias plantas, antiguo y con muchas clases no muy grandes llenas de alumnos. Cuando llegaba a casa, sus padres le preguntaban:

“Rosa, ¿qué tal el día en el instituto?” Y ella respondía: “bien, bien” pero no daba muchas explicaciones. Su madre sabía que el cambio le iba a costar: debía conocer a gente nueva con la que salir y eso le llevaría un tiempo. Pero bueno... ahora lo importante era que Rosa estudiara e hiciera las tareas del instituto. Sin embargo, Rosa solo encontraba el consuelo en las redes sociales, pues era la forma de entretenerse y pasar el tiempo.

Una tarde, después de llegar del instituto, comió lo que le había dejado su madre en la cocina; estaba sola, pues sus padres estaban aún trabajando y no volvían hasta más tarde. Rosa cogió su móvil antes de hacer los deberes; como aún no tenía amigos en su nuevo instituto, vio que en las solicitudes de seguimiento en instagram aumentaron, Rosa pensaba que eran chicos y chicas de su nuevo instituto y las aceptó. Inmediatamente recibió chats de ellos y leyó mensajes despectivos y algunas burlas como: “Vaya nombre tienes”, “La gente así no debería estar en redes”, “Jajaja, coletas coletas ”.

De repente, Rosa se acordó de su pasado en el pueblo, como los compañeros de clase se metían con ella sin que ningún adulto se diera cuenta ni la defendiera. Tan solo tenía a su perro Dolmen para consolarse. Mientras abrazaba a su perro se acordó de su piedra mágica que guardaba en su cajón porque era su gran tesoro, la piedra que la ayudó a superar sus miedos y su sufrimiento ante el acoso escolar. Como solía hacer, la puso en su mano y la cerró con fuerza pero no notó ningún efecto mágico: ninguna luz ni rastro de vibraciones que tanta fuerza le habían dado. La volvió a guardar en el cajón e intentó olvidarse de ella. Una vez más, tenía que resolver esto sola, sabía que podría solucionarlo.

Al día siguiente, en la hora del almuerzo, Rosa estaba sentada sola en el comedor de su casa. El móvil vibraba constantemente, más mensajes burlones y crueles llegaban sin parar. Sabía que no podía ignorarlo por mucho más tiempo, pero, por otro lado, sentía miedo. Era como si las palabras de esos chicos se metieran en su mente y no dejara de darle vueltas a lo mismo; no se podía concentrar en los estudios.

Decidió hacer algo diferente. Sentada frente a su móvil, respiró hondo y, con el corazón latiendo sin parar, abrió los mensajes. Sin pensarlo demasiado, respondió a uno de los chicos que la había estado molestando:

“Lo que escribes me duele, pero lo que no sabes es que no sabes quien soy. Yo soy más que lo que dices de mí. No soy una 'coleta' ni una 'bruja', soy Rosa, y no te tengo miedo” y uso ese nombre porque me gusta”

Al principio, no recibió respuesta. Pero la sensación de haber hablado, de haberse defendido, hizo que se sintiera mejor. Fue un pequeño paso, pero fue firme.

La siguiente semana, Rosa continuó recibiendo mensajes crueles en sus redes. Aunque había decidido responder a algunos, algo dentro de ella le decía que solo ignorarlos no era suficiente. A veces, la tristeza volvía a ella, y las palabras de los chicos seguían en su mente. Necesitaba gritar, salir al campo o al paseo marítimo donde solía ir con su perro cuando vivía en el pueblo; ahora era todo diferente, se sentía atrapada y sin salida.

Una tarde, después de un día especialmente duro, Rosa fue a su habitación, se sentó en el suelo junto al cajón donde guardaba la piedra. Estaba agotada, cansada de todas las burlas. Dolmen, su perro, la miraba desde su cama, atento, pero también parecía entender que algo no estaba bien.

Rosa sacó la piedra y la colocó entre sus manos. Cerró los ojos, esperando sentir la misma energía que la había ayudado cuando era pequeña. Pero esta vez, no había luces ni magia, solo la sensación de que la piedra, por mucho poder que tuviera, no podía solucionar todo por ella.

Se levantó de la cama y se miró en el espejo. Por un momento, sintió que no era la misma chica que había llegado a la ciudad, llena de dudas y miedos. Ahora, aunque la tristeza seguía presente, algo había cambiado en ella. Su corazón estaba más fuerte, más seguro.

Decidió que no podía seguir así. Al día siguiente, volvió al instituto con la mente puesta en hacer algo diferente. Al llegar al patio, vio a los chicos que la molestaban. En lugar de esconderse o mirar hacia otro lado, se acercó a uno de ellos, el que más veces la había insultado. Sin pensarlo demasiado, le dijo:

“Sé que piensas que mis coletas son una broma, pero la verdad es que las llevo porque me gustan. No tengo por qué esconderme. No soy lo que tú dices de mí.”

El chico, sorprendido, no dijo nada al principio. Pero pareció incómodo, algo que Rosa no se había imaginado que podría pasar. Rosa sonrió, aunque el corazón aún le latía fuerte, y se alejó de él.

A lo largo de los siguientes días, Rosa se fue sintiendo un poco más fuerte. No siempre podía responder con tanta seguridad, pero cada vez que alguien la molestaba, algo dentro de ella le decía que no estaba sola. Incluso Dolmen, que siempre había sido su apoyo incondicional, parecía notar el cambio. Ya no se quedaba tan triste ni quieto en casa; comenzaba a moverse con más energía, como si también sintiera el poder renovado de su dueña.

Rosa empezó a hablar con otros chicos y chicas de su instituto, un par de ellos notaron su valentía al enfrentarse a las burlas y comenzaron a seguirla en redes sociales. Poco a poco, fue encontrando apoyo en el instituto, aunque no era fácil. No todos los chicos cambiaron su actitud, pero Rosa ya no se sentía tan afectada. Su autoestima creció lentamente, se sentía más segura.

Una tarde, mientras hacía los deberes en su habitación, Rosa miró de nuevo la piedra. Esta vez, no la necesitaba para sentir seguridad, pero aún la valoraba por lo que había sido en su vida. Sin embargo, algo había cambiado: la magia de la piedra ya no venía de fuera, sino de dentro de ella.

Decidió guardar la piedra en un pequeño estuche, cerrarlo con cariño y, aunque nunca la olvidó, no la necesitó tanto como antes. Ella sabía que ya no dependía de la piedra ni de las redes sociales para ser fuerte. La verdadera magia estaba dentro de ella.

Dana